

José María García Castro

**La filosofía poética
de Antonio Machado**

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 78 (Serie Mayor)

A mi madre y a mi padre.

A mis hermanos Mabel, Mavi, Pilar y Diego.

Y también es para Echeve, y para Nacho e Inés... ¡Almudena!,
y para Alberto y Patricia, Fernando e Inés y Paco y tantos otros
(María Luisa, Jesús F., Acacio, Consuelo...) a los que tanto debo.

Y a Jaime Nubiola.

Introducción

Muchos poetas son hijos de su tiempo y nada más que de su tiempo. Para valorarlos en su justa medida es necesario leer su obra como si de una reliquia del pasado se tratase. Sin embargo, hay otros poetas, los menos, que parece que quisieran salirse de los manuales de historia para instalarse en el presente, para contar a las generaciones futuras la experiencia humana de siempre con voz siempre nueva. Son hijos de su tiempo, sin duda, pero consiguen vencer a su tiempo para situarse en la frontera misma de lo humano. Esa frontera metafísica que desconoce las contingencias y sabe dialogar con todos con palabras perdurables.

Antonio Machado es uno de estos poetas atemporales, un poeta clásico. Cuando lo leemos, parece que sus poemas estuvieran siempre recién salidos del horno. Siempre preparados para ser revividos hoy con la novedad de siempre. Cualquiera de las imágenes que crea —el olmo viejo, la fuente y el camino, las pardas encinas— consigue convertirlas en un universo compartido por todos que continúa siendo actual cada vez. No hay distancia. El poeta y el lector desaparecen y solo quedan flotando en el alma esas palabras compartidas que ya no parecen de ningún tiempo concreto ni de nadie.

«El que no habla a un hombre, no habla al hombre; el que no habla al hombre, no habla a nadie». Este lema que Antonio Machado se impuso en su creación literaria da muestra del interés que tenía por desarrollar un diálogo personal y superador de lo contingente. Su discurso poético se sitúa allí donde la emoción discurre sinceramente de corazón a corazón y es imposible no sentirse implicado. Además, su aprecio por el espíritu folclórico que vierte magistralmente en los pequeños proverbios y cantares hace de Antonio Machado un peculiar poeta, capaz de componer versos que más parecen nacidos del pueblo y sus tradiciones que de la mano de un autor. Consigue

que su obra escrita deje de pertenecerle para convertirse en patrimonio de la tradición oral. Su saeta al Cristo de los gitanos es una clara muestra de ello.

Esta fuerza emotiva y atemporal de su poesía no es fruto de la casualidad. Machado sabe lo que hace y por qué lo hace. Lo que en primer término era para el joven Machado exclusivamente una actividad práctica –la creación poética– se convierte en motivo de actividad especulativa. Y consagró muchas horas de su vida al estudio de la filosofía, de los grandes pensadores de la historia, en algunos de los cuales halló explicaciones iluminadoras de su actividad poética. Si se leen atentamente las reflexiones de Machado sobre el arte poética, y sus reflexiones antropológicas y teológicas, se descubrirá una riqueza filosófica que permite, sin duda, un mayor entendimiento y disfrute de su obra lírica.

En Antonio Machado no se debe, no se puede separar el pensador y el poeta. En este libro hemos querido ofrecer al lector una síntesis del pensamiento machadiano que denominamos «filosofía poética» porque, para Antonio Machado, la filosofía es poética o no es. Pero no adelantemos acontecimientos. Es preciso sumergirse poco a poco en el pensamiento del poeta siguiendo el consejo clásico de comenzar desde lo más sencillo hasta lo más complejo.

Quién sabe si después de leer estas páginas el lector no se sentirá animado a releer una vez más la obra del poeta para descubrir así nuevos vuelos en sus versos siempre abiertos y sencillos. A lo mejor resulta que aquel «caminante, no hay camino, se hace camino al andar», y tantos otros versos que nos sabemos de memoria, esconden las verdades más intensas que mantenían despierta la cabeza y el corazón de Antonio Machado. A lo mejor nos sentimos capaces de leer al poeta con nuevos ojos y resulta que comenzamos a navegar, como el poeta escribía, en ese «hoy» que «es siempre todavía». Veremos.

I. El filósofo Antonio Machado: vida y obra

Quizá resulte desconcertante leer las siguientes palabras de un poeta que sigue siendo considerado uno de los mayores de las letras hispánicas:

Pobres son mis letras en suma, pues, aunque he leído mucho, mi memoria es débil y he retenido muy poco. Si algo estudié con ahínco fue más de filosofía que amena literatura. Y confesaros he que con excepción de algunos poetas, las bellas letras nunca me apasionaron (*PDA*: 1778).

Ahora me dedico a leer obras de Metafísica. Ésta ha sido siempre mi pasión y vocación aunque por desdicha mía no he logrado salir del limbo de la sensualidad. De todos modos, la poesía como profesión es cosa desagradable (*CV*: 1522).

También su hermano José recibe una sorprendente noticia cuando, tras el fallecimiento de Antonio en el pueblecito francés de Collioure, entra en el piso desalojado de la calle del General Arrando de Madrid para recoger sus pertenencias y descubre que la mayoría de los volúmenes de su biblioteca, antes que de lírica, teatro o narrativa, son obras de filosofía (Gibson, 2006: 638).

Lo cierto es que la dedicación intelectual de Machado a partir de la segunda década del pasado siglo fue predominantemente filosófica, hasta el punto de que puede observarse un progresivo desvanecimiento de la voz del poeta conforme se refuerza la voz del filósofo. Su amigo Rubén Darío ya observaba en la obra del poeta, durante los primeros años del siglo XX, esta perenne vocación filosófica:

La música de su verso va en su pensamiento. Ha escrito poco y meditado mucho. Su vida es la de un filósofo estoico. Sabe decir sus enseñanzas en frases hondas. Se interna en la naturaleza de las cosas, en la naturaleza (Baltanás, 2006: 201).

1. Perfil biográfico-filosófico

Antonio Machado nació en 1875 en Sevilla, en el seno de una familia de clase media y tradición liberal. Su padre, Antonio Machado y Álvarez (1846-1893), fue un «ilustre y original escritor que, como es sabido, fue el fundador del folclore en España» (Machado, 1999: 15). Dedicó sus esfuerzos al estudio científico de la cultura popular española más allá de un interés exclusivamente erudito que solo pretendiera la recolección de textos. Estos novedosos estudios germinaban en los demás países europeos, especialmente en Inglaterra, y aspiraban a consagrarse como una nueva ciencia. Pretendía Machado y Álvarez con su trabajo una comprensión cultural y antropológica de las manifestaciones vitales propias del pueblo español, una elevación del *vulgo* a la dignidad de *pueblo*, a título de protagonista de la historia (Baltanás, 2006: 174):

El Folk-Lore, a mi juicio, abarca, bajo un aspecto, toda la vida, y es, a su vez, una faz o aspecto de ella [...]. Abarca no solamente las creencias, sino los conocimientos, sentimientos e ideas, lo consciente y lo inconsciente, todo lo que se refiere al pasado y al presente del espíritu y de la vida del pueblo (Baltanás, 2006: 101).

El folclore, considerado como cultura y pensamiento encarnados en vida, puede ser una buena imagen del vitalismo que, con el correr del tiempo, emergerá en el pensamiento filosófico de su hijo Antonio. Esta vocación folclorista del padre de los Machado, que influyó de modo patente en la obra poética de sus hijos Antonio y Manuel, le lleva a desplazarse con toda la familia desde Sevilla a Madrid en el año 1883. Habitando cerca de la Corte, aspiraba a conseguir un terreno más favorable para la difusión del folclore y la organización de sociedades regionales en toda España. Este traslado

tendrá una influencia decisiva en la formación de Antonio, pues en aquellos años florecía en la capital de España, a pocos metros del nuevo domicilio de los Machado, la Institución Libre de Enseñanza, escuela en la que son matriculados los dos hermanos Manuel y Antonio.

Antonio Machado expresó en muchas ocasiones su agradecimiento a los maestros y al espíritu de la Institución Libre de Enseñanza (ILE), una escuela de inspiración renovacionista y liberal, fundada en 1876 por un grupo de catedráticos (Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate y Nicolás Salmerón, entre otros) al margen de los estudios oficiales y con la pretensión de liberarse de la rigidez academicista. Su instauración era deudora del inicio del espíritu krausista en España de la mano de Julián Sanz del Río.

En los años en que Antonio Machado frecuentó la ILE (1883-1888) era una simple escuela de párvulos, con un acento pedagógico sobre la libertad. Los estudios se presentaban con una clara vocación renovadora de la enseñanza, modulada por un constante diálogo entre alumno y profesor y con habituales salidas a la naturaleza. Se trataba de evitar la rigidez académica basada en el estudio memorístico y fomentaba una actitud interrogativa en sus alumnos ante los problemas reales. También se trataba de despertar el interés de los alumnos por las manifestaciones artísticas: la pintura, la música, el teatro, etc. Allí dominaba el espíritu socrático que años más adelante inspirará la actitud del profesor *Juan de Mairena*, apócrifo utilizado por Antonio Machado en sus periódicas publicaciones en la prensa española durante los años treinta, y donde expresa parte de su pensamiento filosófico.

Los años transcurridos en la ILE resultaron decisivos en la educación de Antonio. El poeta y pensador recibió allí «las primeras aguas bautismales de su educación espiritual que tanto influyeron en su época de formación» (Machado, 1999: 17). El celo por la verdad, descubierta mediante un ejercicio personal a partir de la interrogación, el esfuerzo por bruñir la autenticidad de unas creencias fundamentales en los valores humanos y divinos (Macrì, 1989: 15), fue una tendencia que acompañó la vida intelectual de Machado y de la cual debe mucho a aquellos maestros de la ILE: «En mí no hay otro bagaje de cultura que el adquirido en mis años infantiles de los

9 a los 19 años, en que viví con esos santos varones de la Institución Libre de Enseñanza» (CV: 1508).

Una intención común animaba a los profesores, la de convertir la Institución en un «centro de cultura social y política, a fin de contribuir a renovar las mentalidades para construir un nuevo porvenir en España» (Sesé, 1980: 33). Entre los profesores que tuvo Machado –él mismo recuerda sus nombres: Giner de los Ríos, al que denomina «el imponderable», Manuel Bartolomé Cossío, José de Caso, profesor de psicología, Joaquín Sama, Ricardo Rubio, Joaquín Costa... (OE: 1526)–, recuerda con veneración y cordialidad la figura de su maestro Francisco Giner de los Ríos en una necrológica de 1915. En este texto se refleja a la perfección la imagen que Antonio Machado tenía de lo que debe ser el profesor ideal: «La formación de unos cuantos hombres capaces de pensar, de sentir y de trabajar, de unos cuantos valores humanos, es todo lo más y todo lo menos que puede pedirse a un maestro» (OE: 1595).

La huella indeleble que le produjo a Machado el paso por la ILE no le favoreció, sin embargo, a la hora de afrontar con éxito los obligatorios exámenes que, finalizados los estudios primarios, debía realizar en el bachillerato. El espíritu abierto pero inexigente de la Institución no preparaba a los jóvenes alumnos para los estudios tradicionales y los suspensos acompañaron el bachillerato de Antonio Machado, hasta el punto de que llegó a abandonar los estudios. Éste es el recuerdo y la negativa impresión que le quedó grabada de esos años: «Pasé por el Instituto y la Universidad, pero de estos últimos centros no tengo huella alguna, como no sea mi aversión a todo lo académico» (CV: 1521).

Los años de juventud transcurrieron en Madrid con alguna estancia en París, entregado a una vida bohemia, entonces de moda, con reuniones de café, poesía, largas ensoñaciones: «Una juventud nunca vivida» como alguna vez evocará (Sesé, 1980: 50). Sin embargo, el mismo Machado nos da noticia de que en estos años acudía casi diariamente y durante veinte años a la Biblioteca Nacional (OE: 1524). En 1903, después de recibir una crítica muy favorable de Rubén Darío, con el que entabla una profunda amistad en su segundo viaje a París, ve la luz su primer libro de poemas, *Soledades*.

Pero ¿cómo se inicia Antonio Machado en el camino de la filoso-

ña? Es una pregunta de difícil respuesta, pues nada se conoce de la fecha de sus primeras lecturas filosóficas. Es fácil suponer que, antes que los estudios de bachillerato –no consigue terminarlos hasta cumplidos los veinticinco años, en 1900–, serían las infatigables lecturas en la Biblioteca Nacional las que despertaran en Antonio la vocación tardía de la filosofía.

La inseguridad económica después de una juventud en la que Antonio no trabaja por conseguir oficio le impulsa a presentarse a la cátedra de profesor de francés que, en aquellos tiempos, no estaba condicionada a la posesión de título universitario. Él decía que no tenía «vocación de maestro y mucho menos de catedrático» (*OE*: 1524), pero a pesar de todo, en 1906 aprueba las oposiciones y, unos meses después, ya entrado 1907, ocupa la cátedra del Instituto de Soria, ciudad en la que reside hasta 1912, con la interrupción producida por un viaje a París en 1910-1911.

En tierra de Soria el profesor de francés se gana ya su fama de hombre entregado a la soledad, con una vida retirada y con frecuentes paseos por la naturaleza. En el prólogo a *Campos de Castilla*, Machado refleja esta verdad de su vida: «Algunas [se refiere a las rimas del libro] revelan las muchas horas de mi vida gastadas –alguien dirá: perdidas– en meditar sobre los enigmas del hombre» (*OE*: 1594). Se supone que en Soria Machado continuaría, ahora con una vida más templada y libre de las frivolidades de la capital, las lecturas filosóficas iniciadas en la Biblioteca Nacional. Pero de esta época soriana, aparte del matrimonio contraído con la jovencísima Leonor, hay un acontecimiento que marca el espíritu filosófico de Machado: su tercer viaje a París.

El viaje a París tenía para Machado un interés doble. Por una parte, disponía de una beca oficial para la ampliación de estudios y formación de los maestros, condicionada a la elaboración de un proyecto de investigación. El trabajo versaba acerca del *Estado actual de los estudios filológicos en Francia*. Pero Machado escondía la verdadera intención de su tercer viaje a París. Albergaba la ilusión de asistir a los cursos que el filósofo francés Henri Bergson impartía en el Collège de France. Así recuerda aquellos seminarios en *Los complementarios*:

Durante el curso de 1910 a 1911 asistí a las lecciones de Henri Bergson. El aula donde daba su clase era la mayor del Colegio de Francia y estaba siempre rebosante de oyentes. Bergson es un hombre frío, de ojos muy vivos. Su cráneo es muy bello. Su palabra es perfecta, pero no añade nada a su obra escrita (*LC*: 199).

A la vuelta de su viaje, junto a las preocupaciones que le llevan a desvivirse por el grave estado de salud de su esposa Leonor, Machado busca tiempo para ordenar las anotaciones y apuntes que ha recogido durante las exposiciones del filósofo francés. En esta carta escrita a Ortega y Gasset en 1913 enviada desde Baeza realiza un breve resumen de su vida filosófica durante esos años de escondido profesor de instituto en Soria:

He vuelto a mis lecturas filosóficas –únicas en verdad que me apasionan–. Leo a Platón, a Leibniz, a Kant, a los grandes poetas del pensamiento [...]. Más me interesa (*sic*) esos nuevos filósofos que trabajan en los cimientos de una nueva metafísica. Escuché en París al maestro Bergson, sutil judío que muerde el bronce kantiano, y he leído su obra. Me agrada su tendencia. No llega, ni con mucho, a los colosos de Alemania, pero excede bastante a los filósofos de petinillo que pululan en Francia. Los llamados pragmatistas no me interesan. Es la filosofía sajona, de una raza de poetas y mercaderes, pero no de filósofos (*CV*: 1531).

El fallecimiento de su esposa Leonor fue un duro golpe del que no conseguía recuperarse y que le llevó a un profundo desaliento. Así lo expresaba en una carta a Miguel de Unamuno casi un año después del fatal acontecimiento:

La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya (*CMU*: 1537).

Pocos días después del funeral se dirige con su madre hacia Ma-

drid con el ánimo de no regresar nunca más a la ciudad de Soria. Ni siquiera deseaba ocupar aquella cátedra de nuevo. Tal era el ánimo del poeta. Inmediatamente, asistido por su hermano Manuel, realiza gestiones para conseguir un traslado a cualquier otro lugar. Las gestiones no fueron vanas y el 15 de octubre de 1912 se anuncia de manera oficial que Antonio Machado y Ruiz es nombrado nuevo catedrático de lengua francesa en el Instituto de la ciudad jienense de Baeza (Gibson, 2006: 258-260).

Para Machado, la llegada a Baeza significó el encierro y la incomunicación. A los pocos meses de su estancia, envía unas letras sobre sus primeras impresiones a José María Palacio, periodista fundador del diario soriano *El Porvenir Castellano*. El periodista soriano las cita en un artículo suyo que titula «Soria, juzgada desde lejos»:

Esta tierra es casi analfabeta. Soria es Atenas comparada con esta ciudad donde ni aun periódicos se leen [...]. Inquietudes espirituales, no existen; afán de cultura, tampoco [...]. No hay un solo periódico local, ni una biblioteca, ni una librería, ni aun siquiera un puesto de periódicos donde comprar los diarios de Madrid¹.

Sin embargo, la llegada a Baeza coincide con el inicio de la manuscritura de un cuaderno, *Los complementarios*, en el que por vez primera se encuentran reflexiones exclusivamente filosóficas de Machado. Este cuaderno le acompañará al menos hasta enero de 1926, fecha de la última anotación. En *Los complementarios* el poeta escribe versiones más o menos acabadas de sus poemas, copia poemas clásicos del Siglo de Oro, realiza reflexiones sobre política, poesía y arte, pequeñas notas autobiográficas y reflexiones sobre filosofía (Bergson, Kant, Schopenhauer...). Además, en Baeza comienza el estudio del griego con la finalidad de capacitarse para leer a Platón en su lengua original, autor por el que sentía cierta fascinación.

La llegada de Machado a Baeza despierta inmediatamente los deseos de escapar cuanto antes de esta ciudad excesivamente provinciana. Sin embargo, todos los intentos que realiza se hacen va-

¹ Artículo sin firmar pero seguramente debido a José María Palacio publicado en *El Porvenir Castellano*, Soria, 5-XII-1912, p. 1.

nos, tal y como reconoce en carta a Miguel de Unamuno fechada en 1914:

Para salir de aquí –se refiere a Baeza–, tendría que intrigar, gestionar, mendigar, cosa incompatible no sé si con mi orgullo o con mi vanidad. En los concursos saltan por encima de mí, aun aquellos que son más jóvenes en el profesorado y no precisamente a causa de su juventud, sino por ser Doctores, Licenciados. ¡Qué sé yo cuántas cosas!... Yo, por lo visto, no soy nada oficialmente. Esto, en cierto modo, me consuela (*CMU*: 1558).

En otras cartas a Unamuno manifiesta la «inmensa satisfacción» que supondría para él «ir a Salamanca de profesor» (*CMU*: 1572). Pero Machado se sigue tropezando con el problema de no ser nada oficialmente. El inmenso deseo de volver a Madrid después de ocho años de alejamiento de la capital, con «el peso de una vida provinciana en que acaba uno por devorarse a sí mismo» (*CV*: 1559), es lo que le impulsa a realizar el esfuerzo de conseguir, a pesar de sus cuarenta años, un título académico que le facilitara el traslado. Por este motivo se matricula como alumno libre en filosofía en la Universidad Central de Madrid². Entre los profesores ante los que tuvo que rendir cuenta en los exámenes se encontraba su amigo José Ortega y Gasset, profesor de metafísica.

Esta decisión, aunque tomada únicamente por necesidades prácticas, contribuye, sin duda, a hacer más sólida la formación filosófica de Machado. En una carta enviada en 1919 a Ortega y Gasset puede observarse un notable incremento en las fuentes filosóficas conocidas por Machado, que ahora realiza de modo algo más sistemático:

Unas cuantas bellas lecturas (Herbart, Natorp, Davidson) [...] he leído algo de los grandes filósofos –con excepción de Aristóteles– aunque desordenadamente, pero con afición desinteresada. Ninguna

² «Los estudios de filosofía, en Madrid, han sido muy tardíos (1915-1917). Cursé como alumno libre la sección de Filosofía, siendo ya profesor, en la Universidad Central. La necesidad de un título académico fue, en verdad, el pretexto para consagrar unos cuantos años a una afición de toda mi vida» (*CV*: 1799).

me agradó tanto como Kant, cuya *Crítica de la razón pura* he releído varias veces con creciente interés. El libro de Morente recientemente publicado y algunas páginas de Cassirer y Natorp me han dado alguna luz para una comprensión relativamente clara de la obra de Kant en sus líneas generales (CV: 1604).

Sin embargo, a pesar de la obtención de la licenciatura, a Machado se le siguen presentando serias dificultades para conseguir una plaza en Madrid o, al menos, cercana a la capital. Por este motivo se deja aconsejar por el profesor Cossío para no interrumpir sus estudios universitarios y conseguir un doctorado que le deparara mejor futuro. Precisamente, éste es el motivo de la carta enviada a Ortega y Gasset anteriormente citada y en la que se añade lo siguiente:

El caso es que terminé mi licenciatura en filosofía el otoño pasado y que, por consejo del señor Cossío, a quien profeso afecto filial, me he decidido a hacer esas cuatro asignaturas del Doctorado entre las cuales se encuentra la *Metafísica* [...]. El haber estudiado algo en filosofía, metódicamente, bajo su dirección era uno de mis más vehementes deseos. Mis fracasos en toda tentativa de aproximación a Madrid, me inclinaban ya a desistir de más estudios universitarios (CV: 1604).

Pero el proyecto de doctorado no pasó de ahí. Realizó algunos exámenes de ingreso, pero Antonio Machado nunca llegó a ser doctor, algo que, en realidad, tampoco era plato de su gusto. Es conocida la escasa simpatía de Machado respecto a cualquier institucionalización de la cultura:

El árbol de la cultura, más o menos frondoso, en cuyas ramas más altas acaso un día os encaraméis, no tiene más savia que nuestra propia sangre, y sus raíces no habéis de hallarlas sino por azar en las aulas de nuestras escuelas, Academias, Universidades, etc. (JM: 2098).

La razón de interrumpir el curso quizá sea que a finales de 1919 consigue, al fin, el ansiado traslado. Aunque no sea Madrid, Segovia, ciudad cercana a la capital, recibe al poeta. En esta ciudad reside hasta

el año 1932, pero con desplazamientos semanales a Madrid. A las pocas semanas de llegar al Instituto de Segovia, una Real Orden le acumuló, sobre la cátedra de francés, la cátedra de lengua y literatura castellanas. Además, Antonio Machado no duda en colaborar con una iniciativa pedagógica, la llamada Universidad Popular, concebida para ofrecer principalmente a la clase obrera cursillos de índole práctica, desde Higiene del Hogar hasta Geografía Económica de España. Los cursos, que eran gratuitos y nocturnos, comenzaron a principios de febrero de 1920. Antonio Machado se encargó del área de lengua francesa y literatura española (Gibson, 2006: 346-347).

Estos años segovianos son más fecundos en páginas de prosa –crítica y ensayo– que de versos. Continúa completando su cuaderno de *Los complementarios* mientras sus colaboraciones en *La Voz de Soria*, *El Sol*, *Los Lunes de El Imparcial* y *España* se hacen habituales. Cuando Juan Ramón Jiménez solicita al poeta una colaboración para la recién fundada revista *Índice*, recibe la siguiente contestación: «Te enviaré versos, aunque quizá no tantos como me pides. De todos modos, no dudes de mi buen deseo. Tengo mucho trabajo, pero lo más no es poético» (Cano, 1982: 153).

En 1927, Antonio Machado es nombrado académico de la Real Academia de la Lengua Española. Se conserva el proyecto de discurso para el ingreso a pesar de que en esos años de convulsiones políticas nunca tuvo la ocasión de leerlo. La instauración de la República, acogida favorablemente por Antonio Machado, tuvo efectos de orden práctico beneficiosos para su actividad profesional. Al año siguiente, en 1932, consiguió su deseado traslado a Madrid para ocupar la cátedra de francés en el Instituto Calderón de la Barca.

Los años de la República son para Machado de escasa producción poética, pero sigue con sus colaboraciones habituales de artículos y ensayos. Se trata del tiempo –que se prolonga hasta el comienzo de la guerra– en el que se produce la mayor actividad filosófica de Machado. En *El Diario de Madrid*, cuyo director es Fernando Vera, y en *El Sol* aparecen las primeras páginas de *Juan de Mairena*, el profesor apócrifo de Machado que, a partir de 1936, seguirá colaborando en la revista *Hora de España*. Las colaboraciones del primer diario fueron aglutinadas en un solo volumen: *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*, editado por Espasa

Calpe. Las segundas colaboraciones fueron publicadas póstumamente en un solo volumen: *Juan de Mairena póstumo*, que también incluye otras prosas en que se encuentra presente la figura del profesor apócrifo.

El comienzo de la guerra sorprende a Antonio Machado en Madrid y en Madrid permanece, pues su sentimiento y la tradición familiar siempre le había ligado hacia el bando republicano. Machado, sin embargo, no se consideraba marxista, como él mismo dejó constatado en alguna ocasión:

Yo no soy marxista ni puedo creer, con el dogma marxista, que el elemento económico sea el elemento más importante de la vida (*OE*: 1811), [...] desde un punto de vista teórico, yo no soy marxista, no lo he sido nunca, es muy posible que no lo sea jamás. Me falta simpatía por la idea central del marxismo; me resisto a creer que el factor económico, cuya enorme importancia no desconozco, sea el más esencial de la vida humana y el gran motor de la historia (*OE*: 2191).

Pero pronto llegó el momento en que se hacía peligroso permanecer en Madrid y el gobierno de la República instó a las figuras más importantes de las letras a que se trasladasen a Valencia. Machado, que se resistía a este abandono, accede finalmente y el 25 de noviembre de 1936, acompañado por su madre, abandona Madrid escoltado por un grupo de milicianos. En Valencia, su nuevo lugar de residencia, la Casa de la Cultura habilita un chalet a pocos kilómetros de la ciudad para él y su familia.

Obviamente, estos años de guerra dificultan, y casi anulan, la producción filosófica del poeta, pues sus prosas hacen cada vez más referencia a los avatares de la guerra y al destino de España. El poeta y filósofo también sufre los golpes de la guerra fratricida. En abril de 1938, Machado y su familia, ante la amenaza de un posible corte de la carretera Valencia-Barcelona por parte de las tropas nacionales, decidieron trasladarse a la Ciudad Condal (Cano, 1982: 205-216). En Barcelona realiza algunas colaboraciones en *La Vanguardia* siempre bajo el título *Desde el mirador de la guerra*. El avance de las tropas nacionales era una noticia que se actualizaba diariamente a través de la radio. Antonio Machado se teme lo peor.

Su estado anímico decae y le impele a pronunciar en una entrevista estas palabras que resultarán proféticas:

Cuando pienso en un posible destierro, en otra tierra que no sea esta atormentada tierra de España, mi corazón se turba y conturba de pesadumbre. Tengo la certeza de que el extranjero sería para mí la muerte (*OE*: 2211).

Acompañado por el estruendo del bombardeo de la ciudad, Antonio Machado abandona Barcelona con su madre, unido a una expedición de intelectuales que se dirige hacia la frontera con Francia. Antonio Machado, con una afección en el corazón, y su madre, en un estado de salud precario, deciden declinar el ofrecimiento de acudir a París, donde la embajada española le ofreció acomodo para él y su familia. Prefirió quedarse en el pueblecito de Collioure, a orillas del mar, desde cuya costa podía divisar su amada tierra española.

A mediados de febrero comenzó a sentir una angustia en el pecho que no le abandonaba y pocos días después, el 22 de febrero de 1939, Miércoles de Ceniza, entró en coma. «Merci, madame; merci, madame.» En voz muy baja y monótona el poeta repetía estas palabras en sus últimos momentos de vida más o menos consciente. Era el 23 de febrero de 1939. Murió en el pequeño pueblo francés de Collioure. Todavía hoy reposan allí sus restos. Su octogenaria madre, a la que se le procuró evitar el dolor de enfrentarse a la muerte de su hijo, falleció tres días después. En el viejo gabán del poeta, siempre empolvado por restos de ceniza de tabaco y con los bolsillos abultados, llenos de papelajos, su hermano José encontró su último verso, un verso suelto y paradójico, escrito a lápiz, que dice así: «Estos días azules y este sol de la infancia».

2. Los complementarios

Los complementarios es un cuaderno de escritor cuya elaboración comienza en 1912 en Baeza y se alarga hasta 1926, cuando ya residía en Segovia y viajaba constantemente a Madrid. En el manuscrito –el original es un cuaderno rojo de tapas gruesas, cuyas páginas están